EVOCACION DE CONCHA MELENDEZ

Podría afirmarse que nuestros padres, los héroes, los forjadores de nuestros pueblos estuvieron muy conscientes al querer definirnos y dibujar los contornos de nuestra personalidad, los matices del alma nacional.

Aquél a quien el Apóstol llamó *varón solar* y cuya estampa dibujó en soneto inolvidable nuestro Luis Lloréns Torres, Bolívar, dice: "Nosotros somos un pequeño género humano; no somos ni indios ni europeos sino una *especie media* entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles". Y juzga que somos, "más que una emanación de Europa, un compuesto de Africa y de América".

José Martí, pensador, poeta y patriota, en las inmortales páginas de *Nuestra América*, la que llamara *América mestiza* está consciente de que los pueblos "se ponen en pie, y se saludan. ¿Cómo somos? se preguntan". Y el humanista a quién Alfonso Reyes llama "Nuestro Sócrates", el sabio Maestro dominicano Pedro Henríquez Ureña escribe imprescindibles *Seis ensayos en busca de nuestra expresión.*

Nuestros verdaderos maestros y orientadores, se han afanado por dar contestación a la interrogante. ¿Cómo somos? Más allá de nuestras playas, entre otros: Juan Marinello, José Carlos Mariátegui, D. Samuel Ramos, Mariano Picón-Salas.

Y entre nosotros, izaron aquel vigía de *Indice* los escritores D. Antonio S. Pedreira, Vicente Géigel Polanco, Samuel R. Quiñones y Alfredo Collado Martel con idéntica interrogación. Se propusieron: *valorar, definir, orientar, cultivar la conciencia histórica.* Desde otras trincheras o individualmente los acompañaron con aquella preocupación cardinal, entre otros, Francisco Manrique Cabrera, María Teresa Babín, Juan Antonio Corretjer, Doña María Cadilla de Martínez, Tomás Blanco, Enrique A. Laguerre, Cesáreo Rosa-Nieves, D. Lidio Cruz Monclova, los esposos Alvarez Nazario ... Nilita Vientós (no pretendo agotar el listado) y las profesoras de Estudios Hispánicos Doctoras Margot Arce de Vázquez y Concha Meléndez.

Casi toda la obra de Concha Meléndez gira en torno al *tema de nuestra expresión.* Muy evidente es el aspecto hispanoamericano, hispanoamericanista, de su obra. Porque en 1932 se recibe de Doctora en Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México con sus tesis *La novela indianista en Hispanoamérica.* Por su participación en actividades de la Academia Mexicana de la Lengua Española. Porque funda en la Universidad de Puerto Rico la primera cátedra de Literatura Hispanoamericana. Porque, movida por su interés por las letras del continente, viaja a Venezuela, al Perú, a la Argentina.

Con sus estudios y valoraciones de la obra de escritores como Alfonso Reyes, Pablo Neruda, César Vallejo, Martí y numerosos creadores, fortalece nuestros nexos

con hermanos de la América que hablan nuestra lengua y que encaran con frecuencia, unos mismos problemas continentales. Sobre esa obra literaria escribió nuestro compañero el crítico Dr. Josémilio González: "Cada libro de la Dra. Meléndez es fiesta de amor, de inteligencia y de sensibilidad". En ella "la erudición alcanza el plano del arte: belleza, vida y verdad forman una sola figura".

Antes he afirmado que a la Dra. Concha Meléndez se le ha aplaudido su interés por las letras continentales —por la poesía, los mitos, la novelística, el ensayismo, la cuentística— que ha florecido en los países al Sur del Río Grande. Pero no siempre se ha visto, paralelamente, su creciente interés, sobre todo a partir de los años cuarenta, por la Literatura Nacional.

Habrá que recordar que Concha Meléndez sintió —lo confiesa— "agradecida admiración hacia la *Historia de la literatura puertorriqueña* de Francisco Manrique Cabrera, a quien aplaudió porque (cito) "El afrontó el difícil trabajo que algunos habíamos dejado en la vaguedad de lo posible". Ella admiró también a la Dra. María Teresa Babín y a la Dra. Josefina Rivera de Alvarez —a aquélla por su *Panorama cultural* y a ésta por su *Diccionario* de las letras puertorriqueñas.

Tenemos que destacar que la mirada de Concha Meléndez sobre las letras patrias abarca desde el lejano horizonte de sus mismos orígenes, antes de 1843, —recuérdese la reseña de la ensayista sobre *La poesía en Puerto Rico antes de 1843* tesis de la Dra. Eloisa Rivera de García— (mirada que abarca) hasta la hora contemporánea de Enrique A. Laguerre, de los jóvenes creadores de *Guajana* y de Luis Rafael Sánchez.

Aprovechando múltiples de sus estudios podríamos hacernos una imagen de la Literatura Nacional de acuerdo con títulos o temas como éstos: I. Sobre nuestros orígenes literarios, II. El Romanticismo, III. La generación del tránsito y el trauma, IV. Modernismo y posmodernismo, V. La generación de los treinta, VI. La promoción del cuarenta.

E iríamos incorporando bajo esos epígrafes cuanto ella ha meditado y escrito sobre Manuel A. Alonso, sobre el polígrafo Tapia y Rivera; Muñoz Rivera y José de Diego; Hostos; Fernández Juncos; José S. Alegría; Evaristo Ribera Chevremont, Luis Palés Matos, Lloréns Torres, Juan Antonio Corretjer; José Luis González, Francisco Matos Paoli —y otros—, en sus períodos correspondientes.

Porque sentimos muy cerca al educador y novelista Enrique A. Laguerre (cuya vida es en *doble orden etico-intelectual* una parábola verdaderamente ejemplar) queremos tener muy presente el comentario con que Concha Melendez (quien siguió con simpatía al autor de obras como *La ceiba en el tiesto, Cauce sin río, El fuego y su aire),* saludó la aparición de *La llamarada.* Dijo ella:

> ... veo a Enrique A. Laguerre como el novelista de su generación que ha tenido más conciencia de la novela como arte. ... No hemos tenido otro novelista más abarcador de la realidad puertorriqueña que se haya *conmovido* por más aspectos de nuestra geografía, nuestra historia, nuestra política y nuestra sociología convirtiéndolas en sustancias de novela.

Reflexiona sobre *Insularismo* de D. Antonio S. Pedreira que (según el ensayista) había de tomarse no como *dogma* sino como *controversia* y Concha Meléndez pide simpatía para quien afirmaba que "existe el alma puertorriqueña disgregada, dispersa en potencia, luminosamente fragmentada".

Dirá también acerca del autor de *Hostos, ciudadano de América:* "Ausente el recuerdo de sus normas éticas seguirá siendo para mí coraza y fe". Y aplaude el valioso ensayo de Manuel Maldonado Denis, titulado *Visión y revisión de Insularismo*.

Conviene recordar ahora lo que acerca de Concha Meléndez proclamó Pedreira en *Aclaraciones y crítica:*

> He aquí acentuo —una mujer intelectual— auténtica y de peso que yo respeto y admiro por su saber, por sus agudas facultades críticas, por su acendrado gusto literario, por su leal dedicación al estudio, por su afilada y honrada preocupación, por las mas finas peripecias del espíritu.

Tenemos muy presente el vínculo que existe entre la cultura y la libertad. Somos herederos de una tradición de hombres que no vivieron en torres de marfil. Poetas, prosistas, periodistas, oradores nuestros ennoblecieron el arte con la prédica en favor de la justicia, de la verdadera paz y la democracia, contra toda forma de colonia. La palabra, creemos, es un don para iluminar, para libertar las almas y los pueblos.

Desde nuestra perspectiva de creyentes en la virtud de esa tradición libertadora, la que propugna el derecho y la soberanía de los pueblos, venimos a proclamar —además de otros méritos estéticos— nuestro agradecimiento a Concha Meléndez por la luz que ha hecho caer sobre algunos escritores puertorriqueños que estudia, sobre esas imágenes de defensores del alma de Puerto Rico.

Describe los ensayos y artículos de la Dra. Margot Arce como "maduras espigas de su siembra de maestra". Los estudios de Margot Arce develan, para Concha Meléndez, la sicología de quien "bajo las aguas externas, mansas, lleva la rebeldía de torbellinos subterráneos". Elogia sus ensayos sobre Lloréns Torres y Palés Matos y otros por ser "frescos remansos".

Concha Meléndez traduce del francés dos poemas escritos por el Patriarca Betances en París en 1894. Y se refiere al *Antillano* como al "heroico jinete de ojos dulces y barba de viejo Abraham".

Al Maestro de América, varón de epopeya moral y peregrino de la libertad, le consagra el ensayo *Hostos y la Naturaleza de América.*

Le conmueve aquella parábola del alpaca en el Discurso de Hostos en la colación de grados en la Normal dominicana en 1884. Y con emoción escribe la ensayista:

> Desde que leí esa evocación de severas resonancias, toda ella milagrosa, pienso en el alpaca triunfante, lo veo parado en su zócalo de hielo, y esa autoalegría me acerca a tan profundos recodos del alma hostosiana, que ya no podré nunca evadir su influencia.

A José de Diego —quién llamó a Concha Meléndez "mi dulce y buena hija en el arte" —le dedica, en 1935, el libro, *Jose de Diego en mi memoria* y allí subraya. Nos dice:

> La trayectoria de esta vida puede ser motivo de meditación sobre el capítulo más apasionante en la historia de la cultura puertorriqueña. El elemento hispánico, que en la última década hemos afirmado nuevamente, se alza en De Diego en 1898, con la voluntad de sobrevivir. Las oscilaciones y angustias de la transición que nos impuso el '98 nadie las vivió más agudamente que él. ...
>
> Su más alta poesía ... está en el hombre mismo, es su vida, volcándose generosa sobre la incertidumbre; urgiéndonos a persistir en dignidad.

Nos gustaría que lleváramos alma adentro esa frase: *persistir en dignidad* y recordáramos el aforismo hostosiano *Sin dignidad no hay vida.*

Debo añadir que Concha Meléndez no pronunció vibrantes discursos como Luisa Capetillo sobre los derechos civiles de la mujer, ni como el Maestro Hostos dictó conferencias sobre la educación científica de ésta, pero que en su esfera, desde la perspectiva literaria, exaltó a figuras femeninas como Sor Juana Inés de la Cruz, Lola Rodríguez de Tió, Margot Arce, María Teresa Babín, Nilita Vientós, Doña Ana Roqué de Duprey, Doña Antonia Sáez y Gabriela Mistral.

Concha Meléndez consagró su vida al estudio, a las letras, a educar la juventud. Tendió vínculos de solidaridad con los pueblos de la América Hispánica. Nos mostró paradigmas de decoro. Nos dio cátedra de dignidad intelectual. No improvisó; nos legó fruto sazonado, maduro. Nos reveló su finísima sensibilidad estética. Sembró desde la cátedra y el libro y en esta casa en Vila Mayo, el Condado, nos acogió a sus discípulos y nos mostró las joyas de sus libros, su taller, y su jardín, en compañía de aquella otra educadora, alma de roca y de seda, —fuerte y amable— su hermana, su *Lazarillo de amor,* mi maestra en la Escuela Superior Central, Doña Rafaela Meléndez, noble conciencia religiosa.

Permítanme repetir, porque sinterizan valores supremos, las hermosas y justas palabras del *mexicano universal* Alfonso Reyes, dirigidas a Concha Meléndez en una epístola de 1957. Escribió el *varón humanismo:* "¡Que alegría ir por la vida acompañado de amistades como la suya, que hacen oficio de teas encendidas para ir iluminando esta selva oscura en que todos nos movemos!".

Antes de terminar expreso mi profunda gratitud al Dr. Carmelo Delgado Cintrón, al Dr. Francisco O'Neill y a toda la Junta de Directores del Instituto de Cultura Puertorriqueña por haber restaurado esta casa y expreso mi legítimo anhelo y el de miles de ciudadanos, por encima de banderias partidaristas, de que quienes ostentan

hoy el poder político —otorgado para forjar una obra ejemplar— restituyan al Instituto de Cultura el millón y medio de dólares que le corresponde, y son necesarios para realizar su obra artística, su programa que incluye la conservación de la que fue morada de Concha Meléndez.

Y ahora permitidme que me dirija a Concha Meléndez en su cielo: Gracias por su sonrisa, por su palabra, por su magisterio egregio; gracias por habernos acercado a la *América ecuménica y mestiza* de José Martí y a las raíces, a la poesía y la realidad de múltiples y eternos valores de nuestra patria, Puerto Rico.

José Ferrer Canales
Universidad de Puerto Rico